



*La espera (La reina K)*, Guillermo Correa Montoya, acrílico sobre lienzo.



An abstract painting with a dominant red and orange color palette. In the upper left, a framed portrait of a queen with a crown and a child is visible. Below it, a vase of colorful flowers sits on a white, textured pedestal. The background is filled with expressive brushstrokes and thin, red, swirling lines that create a sense of movement and depth.

# LA REINA K

GUILLERMO CORREA-MONTOYA

Profesor Titular del Departamento de  
Trabajo Social, Universidad de Antioquia.





Necesitaba volver a practicar el truco. Aquel día se levantó más temprano. No podía aceptar su falta de habilidad, no era imaginable que a ella, justo ella, la más, la inigualable, la del talento de escándalo y temblor, ese truco le quedara chueco. Pero por más que ensayaba y ensayaba, ese morro seguía insinuándose y todo era posible menos que se le notara.

La rabia se le amontonaba con cada intento, algún pliegue, algún resalto y el trabajo se echaba a perder. Nadie como ella para el manejo de los tacones, caminaba con ellos como si levitara. Había visto millones de veces a la Grace Jones moverse como una gacela y a la Susana Caldas en su caminar reposado y elegante. Ella había armado su propio estilo con pedazos de cada una; además, le había añadido su gracia personal, esa que tanto decían admirar sus vecinas. Aquella mañana, antes de irse a su misa diaria, se levantó una hora más temprano y, recordando las claves que la Tami le había repetido mil veces, ensayó su cirugía de pasarela. Con desilusión descubrió que ella podría ser la mejor en sus tacones, pero en cirugías y trucos era realmente mediocre, así que con putería prefirió marcharse a su misa y hacer otra de las cosas que ella mejor que nadie hacía: hablar con la Dolorosa, encomendarle sus angustias, sentirla cómplice y, sobre todo, pedirle que le ayudara. Ese día sí que necesitaba de su intervención divina, de diva a diva, pensó la Karen.

—Virgencita, yo sé que he sido muy conchuda con usted y que esta semana le he pedido mucho, pero además de ese novio que me lleva prometiendo hace ya como tres años, incumplimiento del cual hablaremos después, necesito que me conceda esa corona. No sea malita, Dolorosa, mire que usted reina en los cielos y yo necesito reinar acá en la tierra, en este pueblo lluvioso y abandonado para adornarlo con mi derroche de simpatía. Hágale virgencita y le prometo que esta semana voy y ayudo a esos viejitos desamparados del asilo... ¡Ah! y la arreglo a usted bien linda para las fiestas ¿sí? Bueno, ¿y qué tal por ejemplo que la Luly se tropiece en la pasarela o que a la Nevio se le raje el vestido en pleno desfile? ¡Mentiras, no! Con asegurar que yo gane es suficiente; Dios te salve reina y madre.

Salió derechita de misa para donde Chela, la costurera. En su camino se encontró con varias señoras que la animaron en su osadía: ¡Karen eso es tuyo, lúzcase pues mijita esta noche! Ella sería la reina, eso parecía cantado, pero aún faltaba dominar el truco para su vestido de baño, repasar bien las respuestas de las reinas, ase-

gurarse de caerle en gracia al jurado, al público ya lo tenía ganado y por supuesto imponerse sobre la otras candidatas, que por más amigas que fueran, en el fondo ella sabía de sus tramoyas y sus puñaladas traicioneras cuando de una corona se trataba, por la que sería la primera corona del pueblo, la de la virgen de la Chínca, aquella que Ángel Correa les había regalado cuando, intentando vestir a la virgen para la procesión, se le resbaló y quebró de tal modo que quedó imposible de reparar incluso por él, que en ese oficio nadie se le igualaba.

Doña Graciela la recibió con el mismo entusiasmo de siempre. La Karen era una de sus clientas más fieles, además su compañera más leal para las rezadas del rosario en las mañanas.

—Vea hija, me perdí la misita hoy por terminarle este vestido, pero mire cómo quedó de hermoso. Usted hoy va a estar parecida a la Lady Di, si no fuera porque usted es tan morenita sería su propia estampa; hágale pues hija, mídase a ver si le quedó ajustado o toca cogerle de alguna parte.

—Me encanta doña Graciela, está perfecto, divino, mire cómo realza mis nalgas y la distinción que me da. Mi Chelita hermosa, yo sabía que no me iba a fallar. Es que después de la Dolorosa, usted es mi persona preferida.

Le estampó dos picos a doña Graciela en cada cachete y salió güete.

—Adiós doña Chela, no se vaya a perder el evento esta noche.

—Vamos a ver mijita, si la ciática no me molesta mucho por allá la estaré apoyando, aunque usted sabe que a mí esas cosas no es que me gusten diamucho. Pero bueno hija, arriba de Dios no vive nadie, así que qué importancia tiene que yo desapruebe sus cosas, si pese a todo usted es una gran persona.

Salió a la carrera para su casa, se aseguró de tener todo en orden y empezó a repasar uno a uno los gestos y palabras que había estudiado de María Mónica, Susana C. y otras reinas a quienes adoraba e imitaba en secreto. Le dio un poco de angustia que la laca estuviera tan mermada. Ella era lacadependiente y qué tal que el pelo en plena ceremonia se le encrespara; pero bueno, tenía preocupaciones más urgentes, volver al truco y hacerse la mejor cirugía posible, las otras no podían opacarla en eso. ¡Jamás!, se repitió en el espejo mientras se maquillaba

Dos meses atrás cuando planearon el evento, nunca hubieran imaginado que tendría tanta acogida. Ellas tenían hasta susto de que la gente reaccionara mal, pero público asegurado tenían. En



solo dos semanas se agotaron las 300 boletas que vendieron a veinte pesos. Las señoras pudientes del pueblo les alcahuetiaban todos sus caprichos. Y había llegado el momento tan esperado, la sala del partido liberal, que la señora Nini P, haciendo alarde de su prestigio y poder económico, había conseguido para el evento, metiéndole una que

otra mentirilla a su amigo representante a la Cámara, el Dr. Arango, estaba repleta de gente. Unos y otros se agolpaban en los pasillos y un montón de curiosos agitaban voces incomprensibles en la entrada de la sede política. Un poco aturdidas por el bullicio, las candidatas se preguntaban por lo que estaría pasando, pero ellas no tenían mente para pensar en el público en esos momentos; su concentración estaba en la pasarela y en darla toda en el escenario.

Entre aplausos, silbidos y muchos gritos fueron desfilando una a una. La Mariana de la noche decidió representar a Nepal, aunque no tenía la más mínima idea de dónde se ubicaba ese país. Una vez que fue de paseo a la Universidad de Antioquia leyó en sus muros un letrero que invitaba a donar sangre para los compas en Nepal y a ella eso le pareció curioso. Así que su aporte estaba en meterse a Nepal en la piel, más importante incluso que donar sangre, pensaba ella. A la Luly la creatividad siempre le escaseaba, así que recurrió al viejo y siempre seguro Estados Unidos, Miss USA le sonaba muy caché. Karen fue anunciada de tercera. Convencida de su sangre ancestral decidió representar a Miss Kenia. Se sabía salvaje, audaz y vertiginosa. La Nevio sin importarle bien las reglas decidió representar a Medellín. Nadie entendía el motivo de tal montañerada, pero ella había visto que las paisas siempre quedaban entre las cinco finalistas en el reinado de Cartagena. Así que ni modo, lo usaría como amuleto de la suerte. Después fueron apareciendo la Ángela, en representación de Australia, y la Nieves Ibarra, a quien el público agarró a silbato, y ella muy nerviosa en su papel de Dinamarca observaba muerta del pánico sin entender nada. Al parecer una güeva se le estaba asomando por su corto vestido y eso alborotó a la audiencia. Las otras tres candidatas desfilaron como almas que lleva el diablo a una velocidad tan impresionante que nadie logró saber a quién representaban.

La confiable Anita Morales, que siempre ganaba los concursos barriales de canto y que decían en un tono mítico que había llegado incluso a quedar de quinta finalista en el Mono Núñez veinte años atrás, buscó apaciguar al público haciendo show con su voz medio rasgada con la cual imitaba a Amanda Miguel. Sin embargo, la pobre solo alcanzó a interpretar él me mintió y salió despavorida. El público solo quería ver a sus reinas y no podía seguir esperando más.

El desfile en traje de baño estuvo acompañado de insultos, algunas peleas en el fondo del salón y el desmayo de la Nieves Ibarra que no soportó la presión y tocó sacarla arrastrada y tirarla en la parte trasera del escenario. Karen no entendía qué era lo que había enrarecido el ambiente; al principio, sentía tan buenas vibras, pero ahora sus sospechas adquirirían realidad. Ese pueblo no estaba preparado para un espectáculo de esa talla. Miró a lo alto, le pidió a su compinche la Dolorosa que les permitiera terminar el evento. Estaba tan cerquita de coronarse que no podía dejarse asustar así no más por una parranda de incultos cada vez más enfurecidos.

¡Devuélvanle la corona a la virgen degenerados sin vergüenza! ¡Se van a condenar por este sacrilegio! Alcanzó a escuchar la Mariana de la noche en el escenario; vámonos de acá Karis que esto se va a putiar, le dijo a su compañera. Karen fingió no escucharla, intentó tranquilizar a la muchedumbre. Los gritos y las peleas se intensificaron. Alguien cortó la luz y el miedo se generalizó en el espacio. Las locas salieron paniquiadas y se encerraron en el baño. Parecía la hora llegada, pero nadie le iba a arrebatar la alegría a Nini P ese día. Así que le pagó a un chico para que buscara rápido los breques de la luz y ella misma salió al escenario para controlar la situación. ¡De acá nos vamos con reina o no nos vamos!, gritó Nini y se fue hasta el baño a oscuras, agarró a la primera loca que encontró y le entregó la corona. La Luly no podía creerlo, la audiencia más calmadita alcanzó a gritar: ¡Devuelvan la plata que ganó la loca más fea! Pero a la Luly nadie le quita su corona ni la alegría de haberse coronado por allá en 1988 como la primera reina del pueblo, mientras Karen, desconcertada y muerta de la ira, no ha parado de contar que ella siempre será la reina en tacones y todavía no ha nacido la loca que camine mejor que ella. ■